

ÁNGELES REDONDO MORALES



El
jardín
de los
árboles olvidados

UNIVERSO
de LETRAS 

I

El regreso

Septiembre de 1975

A mi padre le gustaba fumar cigarrillos de picadura, sobre todo el que mi madre le liaba después de cenar. Exhalaba el humo en forma de aros mientras se tomaba una copita de aguardiente. Ella hurtaba siempre un pequeño sorbo. El tabaco se lo suministraba Tomás, su amigo estanquero, a cambio de algunos trabajos de carpintería que mi padre le realizaba.

Años después, me despertaría con esos recuerdos, precisamente el día que volvía a mi pueblo y al que no regresaba desde hacía algo más de doce años. Había estado soñando esa noche con mis padres y aún permanecía en mis labios un extraño sabor a tabaco cuando me levanté.

Aunque sin encontrar una explicación racional, mi paladar, mi lengua y mis glándulas eran capaces de segregar el sabor de los

sueños. Desde los más amargos a los más dulces. Todos pasaban a formar parte de mi boca y yo los reconocía nada más abrir los ojos. Nunca pregunté, pero recuerdo que una vez, siendo pequeña, sorprendí a mi abuela materna hablando con madre sobre el tema, ambas callaron al entrar yo.

¿Tenía que hacer aquel viaje?, por entonces desconocía su importancia y lo que representaría en mi vida. Recuerdo cómo la noche anterior repasé la maleta, y volví a cerciorarme de que estuviese puesta la alarma en el reloj. No dejaba nada al azar.

Me levanté con tiempo suficiente para no tener que andar con prisas, y aunque el taxi estaba avisado, me inquietaba depender de una nota que la mujer de la centralita tomó de manera rutinaria y quizá, con cierta desgana. Mi naturaleza desconfiada no descartaba tener que tomar otra vía alternativa llegado el caso. Por aquel entonces, la rutina y una escrupulosa organización marcaban el ritmo de mis días. Eso me daba seguridad, una seguridad impostada quizás porque, años atrás, la vida me había sorprendido sobremanera.

La mañana de mi partida, la casa estaba en penumbras, con sensación de frío que anunciaba el final del verano. Tras los cristales, una lluvia de barro había dejado sobre la ciudad una pátina de color pardusco. Aún se hallaban las farolas encendidas. Sentada, justo al lado de la lamparita, releí la carta certificada donde me notificaban la cita para la lectura del testamento.

La tarde antes llamé por teléfono a mi prima Matilde para comunicarle mi viaje. Se enfadó un poco por habérselo dicho en el último momento.

Sentada dentro de la garita de teléfonos de la Plaza del Sol, en el barrio de Gracia, le confirmaba que iría; al igual que meses atrás excusé mi ausencia, sin demasiados argumentos, para el sepelio de la tía Milagros, la hermana de mi abuela. No me importó lo más mínimo que me pudiesen despellejar viva en el pueblo. Casi me deleitaba pensar en la idea de que hablasen de mí, era la forma de salir del olvido en la mayoría de las memorias de la gente de la localidad. La realidad fue otra bien distinta: no tuve ganas de ir al entierro de alguien a quien nunca profesé demasiado aprecio.

Era consciente de que al regresar al pueblo tendría que afrontar conversaciones pendientes. Desde que se hizo patente el viaje, un sabor agrídulce me subía desde el estómago a la boca. No me gustaban los imprevistos. Me quitaban el sueño.

El viento había rugido con fuerza, ese mismo viento que hacía crujir las ventanas del amplio dormitorio en el colegio de las Hermanas del Perdón, y que me parecía pronosticar malos presagios. De pequeña, para vencer el miedo, inventaba historias, imaginaba, por ejemplo, que las ramas de los árboles del jardín eran grandes astas de renos golpeando las ventanas. Desarrollé por aquel entonces la imaginación desbordante que me ha acompañado a lo largo de mi vida y que, pienso, me ha ayudado a sortear las dificultades.

Mientras esperaba el taxi, observaba como los muebles se desdibujaban en sombras deformes sobre la pared, cada vez que la luz de algún vehículo se colaba a ráfagas por la ventana. Una pared de flores de papel pintado que colocamos, mis hijos y yo, cuando nos mudamos al piso.

Cuando los chicos se fueron, el piso me quedaba grande, como un traje heredado. Los echaba de menos. A veces, entre las sombras, volvía a oír sus risas.

A tan solo un día de mi cuarenta cumpleaños, me sentía mayor, quizás cansada. Echando una mirada hacia atrás, todo había transcurrido demasiado rápido.

Nunca había pasado un cumpleaños sin mis hijos. ¡Mis hijos, lo mejor que tengo en el mundo!, pensaba en voz alta, cuando me sobresaltó el ruido metálico del porterillo.

—De acuerdo, ahora bajo.

A la salida me dije: «¡Vamos allá, Rosario!», mientras enderezaba el letrerillo de madera de la entrada: «*Cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa*».

Encontré al conductor fuera del auto, apurando las últimas caladas de un cigarro, y con gesto amable tomó la maleta para guardarla. Apenas nos dimos los buenos días. El Seat 1500, negro y amarillo, casi imperceptible sobre una mañana aún dormida, exhalaba fognazos intermitentes por el tubo de escape, un humo grisáceo que difuminaba más si cabe su contorno.

Sentada en el asiento trasero, mientras el vehículo rodaba por las calles desiertas de Barcelona, contemplaba una ciudad distinta. Algunas luces amarilleaban a través de las ventanas. Bloques en silencio, con cientos de corazones palpitando en su interior. Cada uno con una historia. La ciudad sorprendía a aquellas horas de la mañana, y aunque no era la primera vez que la contemplaba así, aún por despertar, se me antojaba diferente, desconocida, algo misteriosa incluso. Durante el día aquel barrio era bullicioso y la gente deambulaba por él con aire festivo, sin

embargo, a estas horas parecía que los fantasmas fuesen a salir de los húmedos adoquines o de las oscuras esquinas.

Sentí la mirada del conductor a través del espejo retrovisor, quizá esperando encontrar algún inicio de conversación. Pero no tenía ganas de hablar, no era, ni soy, especialmente charlatana, sobre todo con desconocidos. Mi vida se ha forjado de silencios y de palabras ahogadas y me resulta incómodo hablar cuando no es preciso.

Radio Nacional de España emitía, a través de un pequeño transistor colocado sobre la guantera y sujeto con cinta aislante, un nuevo parte sobre el Generalísimo; este último, decía ser algo más esperanzador. Miré por la ventana. El asfalto aún contenía restos del barrizal en que se había convertido Barcelona y los coches denotaban la suciedad de esa llovizna.

Contemplé la ciudad, y recordé mis principios en ella, porque si bien el desarraigo lo sentí al llegar a Barcelona, en estos momentos percibía que podría ser a la inversa: me podría sentir extraña en mi propia tierra. Tengo mis recuerdos claramente divididos en dos mitades, entre el pueblo y la ciudad, con Andrés, mi marido, y sin él.

Sabía, además, que habría una serie de preguntas que tendría que contestar y otras muchas que formular. Había aparcado el tema de Andrés en un pequeño recodo de mi cabeza para no volverme loca. En los días previos al viaje, desde que me llegó la carta, no hacía otra cosa que darle vueltas a esa idea.

El conductor frenó de forma inesperada devolviéndome a la realidad. La entrada principal de la estación de Francia se hallaba repleta de gente. Había amanecido sin darme apenas cuenta. Las

farolas aún lucían pálidas cuando atravesé los arcos del edificio y pisé la rosa de los vientos que dormitaba en el suelo.

Aún me quedaba tiempo para tomar café. La cafetería de la estación permanecía igual que la recordaba cuando viajábamos los cuatro: los mismos olores, una cafetera funcionando a destajo, enfadada, exhalando vapor dentro de la jarra de leche espumosa que tanto me gustaba. A mis hijos les encantaba pedir churros con azúcar. Les reñía cuando se manchaban las manos de aceite. A su padre, aquello, le hacía gracia.

Busqué los paneles que me indicaban el andén de partida. Me crucé con gente, la mayoría acompañados, y eché de menos a mis hijos.

Encontré mi tren bufando, como malhumorado. Subí los dos peldaños y me acomodé en mi compartimento. Estaba sola al principio, así que estiré las piernas en el asiento de enfrente. Mi vista se fue de inmediato a las medias y giré con cuidado el *nylon* al notar una pequeña arruga en la pantorrilla. La puerta del vagón se abrió y eso me obligó a cambiar de posición y a pedir disculpas. Un señor con maleta pidió permiso con amabilidad fingida. Le seguían su mujer y dos niños de entre seis y ocho años. Les devolví la sonrisa por cortesía.

Tras las presentaciones oportunas, *el Andalus* comenzó su marcha, de manera tímida al principio, poco después, comiéndose las vías con ansia mientras recorría la trastienda de la ciudad, dejando entrever las ventanas traseras de los edificios. Una mañana que empezaba a despertar, por los tristes ojos de aquellos hogares grisáceos que traspasaba las vidas ajenas, y que yo podía observar desde mi movable palco. Un escenario enorme

y perfecto, con sus actores, vidas anónimas que podía contemplar con la fugacidad de una mirada. Terrazas con prendas tendidas, ropas que parecían, con la suave brisa de la mañana, banderolas saludándome en un viaje hacia mi pasado.

II

Lucrecia

Mi abuela paterna, Lucrecia, no era demasiado corpulenta, aunque sí alta; a pesar de cierta curvatura en la espalda. Hasta donde la recuerdo, los años la habían respetado, tanto para lo bueno como para lo malo; pues si bien conservaba el color verde en los ojos, y un pelo rojizo que el tiempo convirtiera en canas, también fue mejorando el carácter avinagrado y fuerte que conservó toda su vida. Afortunadamente sólo creo haber heredado su color de pelo.

De piel blanca y pecosa, huía del sol como de la peste, se lavaba la cara con agua de arroz y la empolvaba hasta parecer, a mis ojos, un payaso.

Siempre presumió de las criadas que tuvo su padre en casa y que servían con guante blanco y cofia, y de los banquetes y fiestas privadas que se organizaban, donde acudía la flor y nata del Madrid de principios de siglo. Cuando venía al caso, y hacía

todo lo posible porque así fuese, se jactaba de su rancio abo-
lengo, asegurando pertenecer a una histórica estirpe, la de *los*
Hurtado, antepasados suyos que fueron a América en busca de
fama y fortuna, y que los enlazaba al linaje real por línea materna,
a través de un hijo bastardo del rey de Portugal. Su segundo ape-
ellido decía dar fe de ello: Henríquez da Silva.

Estudió en un prestigioso colegio de señoritas y estuvo en
París en varias ocasiones, acompañando a su madrina, una bra-
sileña morena y grande a la que el padre profesaba un especial
cariño a espaldas de su esposa. De ella heredó su nombre y las
ganas de llevar una vida algo menos sosegada de lo que la gente
de a pie acostumbraba. La madre de Lucrecia, de salud frágil y
quebradiza, no superó los seis meses de vida de su hija. Decían
las malas lenguas que ella murió con la sangre envenenada por
los celos que le profesaba a la madrina, dejando un viudo y una
niña bien pequeña. Y aunque éste al principio no prestó dema-
siado interés por la niña, que suponía una molestia más que otra
cosa, poco tiempo después y gracias a la madrina se fue dedi-
cando en cuerpo y alma a su hija, a la que fue malcriando hasta
convertirla en una persona egoísta, fría y calculadora.

Con el correr de los años, Lucrecia se convirtió en una joven
bastante hermosa que acompañaba al padre y a la madrina en
todas las fiestas de la alta sociedad madrileña. Llevaban una vida
disoluta y de despilfarros, hasta que la ruina los visitó una tarde
fría de enero, en forma de contable, con traje raído y bigotillo
fino. Tras algunos llantos, la mulata, a su pesar, se volvió a Brasil
y dejó a Lucrecia, al padre y a una pequeña recién nacida, que
fue bautizada con el nombre de Milagros. El nombre de la recién

nacida se debió a que pesó muy poco al nacer y los médicos no contaban con que sobrepasase la cuarentena.

Todo el mundo creyó la versión del padre: la pequeña era fruto de su relación con la brasileña. Aunque la piel tan blanca y las mejillas sonrosadas pondrían en tela de juicio la versión oficial.

La situación económica se volvió tan insostenible que, para salvar a la familia, Lucrecia accedió, de mala gana, a casarse con Ezequiel, notario estudioso y trabajador que quedó prendado de su belleza. Una vez casados, ella intentó seguir su vida como antes. Y como quien evita la tentación evita el peligro, Ezequiel puso tierra de por medio, aceptando la plaza de notario en aquel pueblecito olvidado del sur de España. Tal vez con la esperanza de que Lucrecia abandonara la vida licenciosa y las lisonjas que un oficial de artillería le prodigara. En aquel pueblo buscó Ezequiel algo de paz y de calma, y poder así criar a sus dos hijos y a la hermana de su mujer, Milagros, que contaba por entonces con cinco años.

Consiguió apartarla de fiestas, pero nunca conseguiría hacer de ella una madre abnegada. Su carácter extrovertido y risueño fue dejando paso a un rencor y un odio exacerbado hacia el pobre Ezequiel, a quien culpaba de su obligado destierro.

No muchos años después de mudarse al sur, a Lucrecia le llegó la noticia de la muerte de su padre. El juego y la bebida se habían convertido en sus compañeros inseparables. Apareció muerto, empapado de lluvia y orines, en las traseras de una casa de juegos. Para Lucrecia fue un duro golpe. Fue por aquel entonces cuando su carácter se le empezó a agriar como el vino en una mala barrica a pesar de que el marido se deshiciera en intentos por hacerla feliz. Tenían la mejor casa del pueblo. Una casa

señorial de dos plantas, con amplias balconadas y cerramientos de forja y cristal que se erigía en la mejor zona. Pero nada pareció importar a Lucrecia, quien se resignó al pueblo como un castigo del cielo por sus pecados cometidos.

La casa había pertenecido a un antiguo alcalde muy conocido, no solo en la localidad, sino también en los alrededores, por sus atropellos y desmanes. Llevaba cerrada bastantes años y la consiguieron de sus herederos a muy buen precio, pues parecía, según contaban, que la casa estuviese bajo el influjo de alguna maldición. Quienes intentaron habitarla habían sufrido desgracias y nadie bajo su techo había conseguido ser mínimamente feliz.

Ezequiel y Lucrecia desoyendo las habladurías se mudaron al poco de comprarla. Lucrecia hizo traer los muebles desde Madrid, unos muebles de maderas nobles, pertenecientes la mayoría a su familia. Completó la casa con otros tantos que rescató de anticuarios, y colocó las hermosas vajillas y las finas cristalerías en los expositores que adornaban el amplio salón. Unas puertas acristaladas eran el paso obligado a un pequeño pero hermoso jardín con una fuente cuadrada en el centro. Algunos árboles de Judea, prunos, y toda clase de arbustos aromáticos enmarcaban aquel pequeño vergel. Ezequiel no escatimó esfuerzo ni dinero y mandó reformar aquel trozo de selva en miniatura y ordenó plantar algunas de las especies que sabía podían gustar a Lucrecia. Rosales de pitiminí, jazmines blancos y amarillos, damas de noche, jacarandás, gitanillas y azaleas. Una hiedra enana reptaba por sus muretes. Aquel rincón pasó a ser unos de los más admirados de las visitas, aunque a Lucrecia le diese dolor de cabeza la pajarería que solía vivir a su cobijo. El pequeño sendero que lo bordeaba imitaba a los caminos de

los grandes jardines, era de adoquines anaranjados y formaba un estrecho pero laberíntico paseo. El conjunto daba frescor y sosiego a la casa y resultaba a todas luces un pequeño recorte de naturaleza bien cuidada. Todas las semanas se encargaba de su arreglo un jardinero. Se ocupaba de podar, arrancar las malas hierbas y de reponer las plantas más viejas. El extremo opuesto de la entrada lo ocupaba un banco de forja.

No faltaba en el salón un piano de cola que Lucrecia hizo traer, no con pocos costes económicos, y que solía tocar alguna que otra vez.

Los hijos crecían al cuidado de otras personas, siempre aquejada de fuertes jaquecas que la acompañarían el resto de su vida. Para Ezequiel, en cambio, sus hijos eran su mayor motivo de orgullo. Nada les negaba, tal vez para compensar la falta de atención materna.

Aunque lo intentó, Lucrecia no consiguió inculcar en ninguno de ellos el interés por la música. El mayor, Cosme, mi padre, amó dos cosas en su vida, la carpintería y a Catalina, mi madre. De carácter serio y reservado, algo tímido y físicamente parecido a su progenitor. En cambio, el menor, Ezequiel, seis años más pequeño, se parecía más a su madre. Tenía un carácter abierto y distendido, parlanchín y guasón. Hacía buenas migas con cualquier parroquiano dispuesto a tomarse la última copa en el último bar de última hora. Le privaban las faldas y nunca conseguiría su madre que sentase la cabeza. En apariencia algo frívolo, aunque después, en privado, no era tan banal como aparentaba ser. Apoyó a su hermano cuando en casa dio la noticia de la relación con mi madre. Lo adoraba y era capaz hasta de en-

frentarse con el mismísimo diablo por él. Cosme representaba todo lo que no tuvo, por razones varias.

Ninguno de los dos quiso proseguir los estudios. Mi padre, porque tuvo siempre clara su inclinación al noble oficio de la madera, aunque nadie supo nunca el origen de tal pasión. Y mi tío, porque buscaba en los extraños el calor de unos brazos que no tuvo de pequeño. Los amigos y el pueblo se encargaron de hacer el resto y ninguno de los dos obtuvo nada más que la titulación exigida por ley y no permanecieron más de la edad reglamentaria en el colegio. Mi abuela desistió de convencerlos.

Mi padre me contaba cómo desde que tuvo uso de razón quiso ser carpintero. Cada vez que podía se iba al campo a buscar madera y siempre regresaba con los bolsillos llenos de trozos para tallar. Con su navaja separaba las pequeñas lascas y les iba dando forma o simplemente los dejaba dormitando en su caja de lata, *de dulce de membrillo*, bajo la cama. Cuando nadie le veía sacaba aquel tesoro arrebatado al bosque y admiraba cada pieza, las olía, intentando darle forma con los ojos. Podía reconocer su árbol primigenio y después volvía a guardarla para mejor momento. Prefería los paseos por el campo a la compañía de los demás niños. No era una persona huraña, pero gustaba de la soledad.

Al terminar la obligatoria y a fuerza de insistir, lo metieron de aprendiz en la carpintería del pueblo.

Fue por aquel entonces cuando conoció a mi madre, Catalina. No era una muchacha demasiado guapa, pero su sonrisa y su grácil porte hicieron que mi padre se enamorase perdidamente de ella.

Era la menor de cuatro hermanas. Cosía en el taller de Maruja, la modista del pueblo al que acudía cuatro tardes por semana para aprender corte y confección. Maruja era una viuda que había sabido sacar partido a sus conocimientos de costura y montó un taller para enseñar a las chicas de Almedinilla y de otras localidades cercanas.

Mi padre narraba con cierta gracia cómo se habían conocido mamá y él, bromeando al respecto. Pero lo cierto era que desde que mi padre la vio por vez primera, quedó tan prendado de ella que le comentó a su compañero de trabajo, al verla pasar camino del taller de costura: «Ahí va la que va a ser mi mujer». El compañero soltó una tremenda carcajada, como para ahuyentar a dos bandadas de pájaros, pues sabía que no era una chica accesible debido a su indomable carácter, y así se lo hizo saber a mi padre. Estos comentarios no solo no lo amilanaron, sino que un día, en un arranque de valor, se acercó a ella y le pidió permiso para que le dejara acompañarla de vuelta a casa. A mi madre le hizo gracia la forma tan educada de pedírselo, y además, su semblante de perrito abandonado por lo flacucho que era. Empezaron a salir de manera más formal en poco tiempo, el necesario para pedirle la entrada a mi abuelo materno, carnicero de profesión, bonachón y corpulento, que espantaba más a las moscas que a los novios por mucha apariencia de ogro que intentara poner.

Cuando conoció a mamá, ésta rondaba los dieciséis años y él estaba libre del servicio militar. Sus pies planos y algunos contactos de mi abuela hicieron que se librara.

Le gustaba detallarme cómo fue la primera vez que vio a mi madre: «Caminaba con una falda de vuelo y camisa ajustada, con aquella cola de caballo alta que de manera irreverente dejaba

ver una nuca blanca, una frente despejada y unas mejillas pecosas que le daban cierto aire travieso. Me enamoré en cuanto la vi»

Doña Lucrecia nunca vio con buenos ojos la relación de su hijo con Catalina. Le puso todas las objeciones posibles, amenazó con desheredarlo, lo espiaba con la tía Milagros, pero no consiguió su objetivo y cinco años más tarde se casaron con la resignación de Lucrecia y el beneplácito de su hermano menor.

Mi abuela era muy influyente en el pueblo, había conseguido mantener buenas relaciones con los poderes fácticos de la localidad. Pero su mal carácter para con mi abuelo fueron amargando su existencia y acabó echando el hígado por la boca y dejando huérfanos a sus dos hijos aún pequeños. Lucrecia no era persona que se amilanase con facilidad, sin ningún reparo, siguió adelante con su existencia, su marido los había dejado bien situados económicamente. Vestió luto de por vida, más por evitar comentarios que por pena en su corazón, y dejó de salir a la calle prácticamente, solo lo preciso. Oía misa de ocho los sábados y mandaba a la tía Milagros a todo cuanto era menester. Se enlutó casi a la vez que sufrió una flebitis y desde entonces usaría bastón hasta su muerte, así es como mi memoria la recuerda.

La tía Milagros parecía estar destinada a cuidar de su hermana. Ella así lo aceptó. Estuvo en el colegio lo imprescindible para aprender cuentas, leer y escribir la lista de recados sin demasiadas faltas, y para leer las novelitas de amor que intercambiaba en el quiosco. Sin llegar a terminar la escolaridad obligatoria, dejó la escuela para dedicarse en cuerpo y alma a Lucrecia y a sus sobrinos. Todo lo llevaba para adelante, la casa, los recados y, sobre todo, los chismes. Nunca se planteó otra clase de vida, nunca se

le conoció novio o alguien que simplemente se interesara por ella. Creo que mi abuela se encargó de forma directa o indirecta de que así fuera.

Planchaba con una exquisitez extrema, almidonaba los cuellos de las camisas como nadie en el pueblo y, además, era una experimentada cocinera. Le encantaba hacer las tareas domésticas. Ayudaba a vestir a Lucrecia, le hacía los recados y nadie escuchó un reproche de su boca ni daba pie a ello. Más de una vez lo intentaron, y sabía salir del entuerto con soltura, así como cambiar de tercio en la conversación.

— ¡Mira, mira cómo sabe la Milagros cambiar de tema! Pero que no suelta prenda. ¡Esta sabe más que Briján!

Si intentaban tirarle de la lengua, se hacía la sorda y a veces la muda, pero jamás ponía en entredicho a nadie de su familia, jamás la engañaron con las cuentas y jamás olvidó nada de lo que se le encargaba, no necesitaba anotarlo, como si lo llevara grabado a fuego. Era tal la fidelidad que prodigaba a su hermana que no le importaba hacer de espía con sus sobrinos, aunque los quería con locura.

La tía Milagros, aquella pobre solterona, hecha a imagen y semejanza de la abuela Lucrecia, triste sombra agradecida. Tal vez fue feliz a su manera, sin demasiadas aspiraciones. Nunca se vio bonita, jamás salió con amigas al baile y creo que pensó que el amor solo era cosa de las películas, algo que nunca estaría a su alcance. Nadie consideró otra vida alternativa para ella, ni siquiera ella misma. Solía ruborizarse ante conversaciones algo subidas de tono, aunque hablaba con la propiedad de quien conociese tales menesteres, permitiéndose incluso dar consejos a pesar de que

nunca se la viese con hombre alguno. Todos asumieron, sin más, que Milagros nació soltera y soltera seguiría de por vida.

El día que murió su adorada hermana Lucrecia, agarrada al brazo de una vecina, no derramó ninguna lágrima, pero fue a partir de entonces cuando empezó a perder el juicio. Aunque su cordura aguantó un poco más, hasta la muerte de su sobrino Ezequiel. Se lo encontraron muerto en una pensión de mala reputación, cerca de la Alameda de Hércules, tras una juerga que hizo historia. Se quedó dormido y no despertó. Algunos comentaron que para Ezequiel la muerte de Lucrecia supuso una liberación, otros, en cambio, aseguraron que supuso el principio de su fin. Se le veía beber más que antes, multiplicando las noches de juerga.

A él, nunca se le conoció una novia fija. Se rodeaba de todo aquel que le acompañase con una copa. Era conocido en todo el pueblo, alrededores e, incluso, en la ciudad. No tenía nunca un duro en el bolsillo, pues tal y como le llegaba el dinero lo dilapidaba, invitaba y se dejaba invitar. Cuando se quedaba sin fondos, volvía a su casa como un corderillo y tras reponerse y recibir las exhortaciones de doña Lucrecia, cuando ésta vivía, y más tarde del albacea, al que conseguía sacarle un anticipo que le permitía volver a las andadas, esperando que llegase de nuevo los primeros días del mes.

Lucrecia continuó con sus estrictas medidas y a Ezequiel prefirió verlo soltero antes que mal casado, según ella misma llegó a decir en alguna ocasión. Por eso el día de la boda de mis padres Lucrecia se acercó a mi madre, como para besarla, y muy quedo le dijo: «Jamás verás un duro mío». Mi madre, perpleja en un